

REVISTA

Gaumont

L. Gaumont Barcelona

Dirección telegráfica y telefónica:

CRONO



PASEO DE GRACIA, 66

Teléfono, 2991

Sucursales

MADRID, Fúcar, 22, pral.

BILBAO, Colón de Larreátegui, 15 y 17.

Una escena de la magnífica película dramática



LA ASECHANZA

Madame BRIEY
en el papel de **LUGREGIA**



DE NUESTRA PELICULA EN COLOR
LA MUERTE DE LUGREGIA

Variedad del Programa Gaumont n.º 8 D. Cinematografía en color Gaumont

Documentaria

4170

CULTIVO DE LOS ANANAS

Largo: 102 metros.—Color: 87 metros.—Palabra telegráfica: ANANAS

Panorámica

EL SAN GOTARDO

Esta cinta está dividida en las siguientes

Blanca	4121	—De Blasca a Faido	114	Color 72	—Virajes —
Faido	4122	—De Faido a Airolo	88	• 59 —	• 22
Airolo	4123	—De Airolo a Andermatt	104	• • —	• 96
Andermatt	4124	—De Andermatt a Göschenen	98	• 49 —	• 24
Göschenen	4125	—De Göschenen a Wassen	120	• 80 —	• 21
Wassen	4126	—De Wassen a Amsteg	165	• 78 —	• 19

Palabra telegráfica	N.º de la película	TÍTULO Y ASUNTO	Metraje total	Metraje en virajes	Cartel ó Ampliación	Pág.
		Dramática				
Quetapen	4156	La Asechanza	962	789	Cartel 220X150	19
		Comedia				
Interpol	4147	El falso ídolo	310	258	Ampliación	35
		Cómica				
		SERIE DE D. PICORETE				
Fantaire	4168	La Pantera de Java	224	189	Cartel	38
		Comedia				
Mardiga	4157	Una noche de Carnaval	216	180	Ampliación	42
		Cómica				
Masseur	4146	Cura fortuita	210	186		45
		ACTUALIDADES				
		Gaumont Actualidades N.º 8				
		Cuarto Año				

NOTA.—El metraje indicado para cada película es aproximado.

PROGRAMA N.º 8 D.
Cinematografía en color
Gaumont
DOCUMENTARIA
Cultivo de los Ananas
PIÑA DE AMÉRICA



El anana es el fruto de una planta que los botánicos creen originaria de América del Sur, en donde se le encuentra espontáneamente en todo clase de suelo.

De estos países se trasplantó luego en Africa y Asia, y por último

L. Gaumont

en Europa, en donde el elevado precio de esta fruta hacen posible su cultivo en estufas.

La planta produce en algunos meses una fruta que tiene la forma de una gran piña, y se come después de cortarla en rajas.

Hácese también excelentes conservas de ananas que dan variedad a los postres servidos en las mesas ricas.

Con el jugo de estas frutas puede obtenerse, después de fermentado un vino delicado, del cual puede extraerse, por destilación, un aguardiente de sabor particular y muy agradable al paladar.

Esta película, sumamente interesante muestra algunas plantas cultivadas en invernáculos o estufas, su desarrollo a diferentes edades, la aparición de los frutos, por último los frutos maduros prontos a ser exportados o vendidos en plaza, a precios por lo general elevados.





El San Gotardo



Película en color Gaumont

Cinematografía en color Gaumont

El San Gotardo

PREFACIO

A la hora actual en que vivimos, en medio de la atmósfera febril de una civilización intensa en la que prodigamos con ardor todos los recursos de nuestras facultades, el hombre tiene más que nunca necesidad de reposo y de tranquilidad y cuando después de una larga y ruda jornada de labor en la que ha sembrado abundantemente los recursos de su inteligencia hallase libre, su deseo es refugiarse en un lugar tranquilo en donde puedan descansar su espíritu y su vista. El cinematógrafo es hoy en día una de las distracciones más agradables, menos fatigosas e indudablemente la más apreciada. Así como antaño, en las interminables veladas invernales gustaban los niños de contemplar, proyectados por la linterna mágica, encantadores paisajes, así ogaño nos entusiasma el cinematógrafo, que nos transporta a parajes maravillosos de distintas regiones terrestres. Arrellanados en cómodos asientos, vemos desfilar ante nuestros ojos todos los primores y hermosuras de la Naturaleza, desde aquellas que podemos contemplar a diario hasta las que, sitas en remotísimas regiones, nos son descritas muy imperfectamente en libros y narraciones de viajes. En los teatros cinematográficos efectuamos actualmente verdaderos viajes alrededor del mundo.

La Sociedad de los establecimientos GAUMONT ha enriquecido hoy el tesoro de los viajes cinematográficos con una nueva película que nos transporta a la soberbia región del San Gotardo. Con un sentimiento de profunda gratitud hacia esta Casa salimos del cinematógrafo, llevando aún en la retina la impresión deliciosa producida por la visión de este país

L. Gaumont

de hadas, de preciosos valles, de cascadas mágicas, de grutas maravillosas. En una palabra, después de haber admirado la naturaleza, debemos rendir tributo de admiración a la marca GAUMONT que ha sabido reflejarla tan primorosa y fielmente en la película cinematográfica.

No hay que creer que estas vistas son interesantes únicamente para el público, no recomiendan especialmente a las escuelas, para la instrucción de la juventud. En lugar de los libros de estudios monótonos que al cabo de cierto tiempo fatigan la memoria y acaban la paciencia del niño, estas vistas están llamadas a substituirlos ventajosamente. Gracias a este nuevo libro viviente, el alumno se hace cargo de la configuración del terreno, de la vegetación, etc. y cuan fácil es entonces al profesor hacer el relato de la historia del tunel de San Gotardo, que el niño retendrá fácilmente en la memoria, pues mientras escucha se distrae y las imágenes que ve se aunan, en su memoria, con el relato del Profesor.

La película del San Gotardo, por razones puramente comerciales, ha sido dividida en seis partes que podrán entregars separadamente. Mas interesante y emocionante que algunos dramas, esta película merece ser vista. Debe ser vista y estamos seguros que todos aquellos que hayan tenido la dicha de hacer este viaje cinematográfico abrigarán un sentimiento de admiración y de gratitud hacia los Establecimientos GAUMONT que les han procurado durante breves instantes las sensaciones de viaje más variadas e intensas.

(A. B. C.)





EL SAN GOTARDO

I. De Biasca a Faido



Antes de hacer somera y pálida descripción de los hermosos parajes que comprende la primera películita de esta serie, queremos aportar algunos detalles estadísticos relativos al trazado y ejecución de la gigantesca obra del Gotardo.

En 15 de Septiembre de 1869 se reunieron en Berna los delegados de Alemania, Italia y Suiza para acordar la construcción de la vía férrea



que debía unir Alemania con Italia directamente por el Gotardo. Llegóse, tras de mucho debatir, a un acuerdo y este fué que se construirían las siguientes líneas:

Lucerna, Kussnacht, Immensee y Goldau.

Goldau, Fiora, Goeschenen, Biasca y Bellinzona.

Bellinzona, Lugano y Chiasso.

Bellinzona y Magadino.

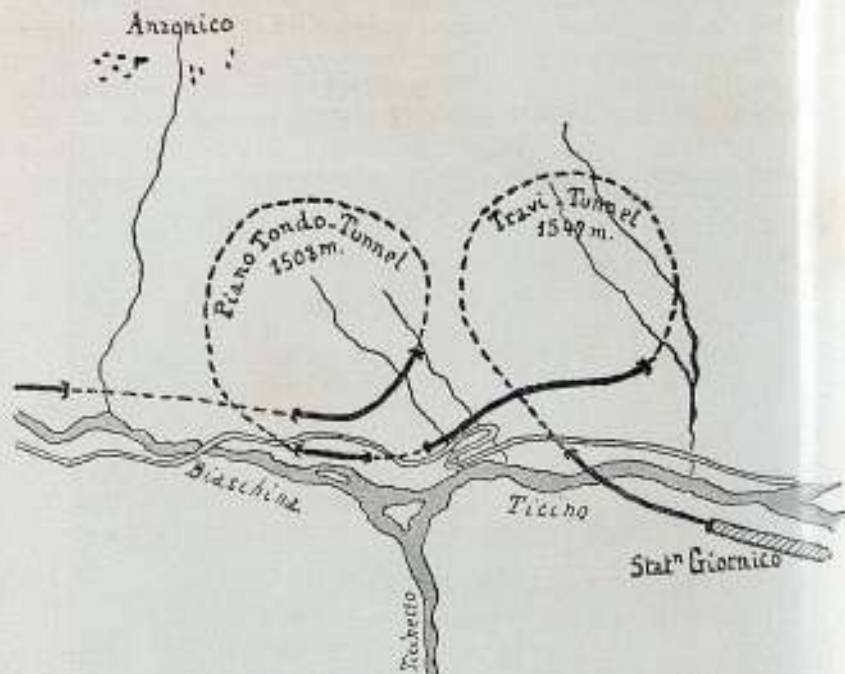
A Italia correspondía la junción entre Chiasso y Pino. De Immensee a Pino media la línea 176 kilómetros y comprendía 21 túneles y 17 puentes grandes. El túnel del Gotardo debía atravesar la montaña entre Goeschenen y Airolo, en una longitud de 14 kilómetros 900.

El capital se estimó primeramente en 187 millones de francos, y a él

L. Gaumont

hubo de añadirse después las subvenciones de Suiza, Alemania e Italia, que consistieron en 20 millones cada una de las dos primeras y en 45 millones la última.

El 2 de Abril 1872 Gerwig de Carlsruhe fué nombrado Ingeniero Jefe de la línea del Gotardo y L. Favre de Ginebra de la construcción del gran tunel alpino (tunel del Gotardo). Convénose que la construcción de



este tunel se comenzaría a primeros de Octubre y que terminaría después de ocho años de trabajo, es decir en 1880.

Así fué en efecto. El 9 Octubre 1872 el ingeniero Favre comenzó los trabajos por el lado de Goeschonen y por el de Airolo a la vez. Tropézase, en su construcción, con obstáculos casi insuperables. No solamente por la consistencia y dureza de las rocas sino también porque a medida que se adelantaba hacia dentro se elevaba la temperatura de un modo inquietante. Llegóse a registrar una temperatura de 34 grados!

Sin contar un sinnúmero de accidentes del trabajo que ocasionaron la muerte de muchos obreros, hubieron muchos que perecieron víctimas de enfermedades ocasionadas por el cambio de temperatura. Entre ellas puede citarse el ingeniero Favre que no pudo asistir al triunfo de la obra grandiosa que había emprendido. En efecto, el 19 de Julio de 1879, mien-

L. Gaumont

trax inspeccionaba las obras en el interior del tunel, sucumbió de un ataque de apoplejía debido a la temperatura elevada del tunel.

En esta obra se emplearon un millón seiscientos cincuenta mil obreros. Hizóse la perforación por medio de máquinas de aire comprimido accionadas por las aguas del Reuss, del Tremola y del Tessino. Estas máquinas trabajaron durante 3.000 días con una fuerza de cerca de 2.500 caballos diaria. Empleóse mas de 128.000 kilos de dinamita y unos 1.700.000 kilos de aceite para lubricar las máquinas.

Como se había previsto, el 28 de Febrero de 1880 los obreros de la vertiente italiana se reunieron con los de la vertiente suiza. Cuando el último azadonazo abrió una abertura en la delgada pared que separaban las dos vertientes, lanzóse a través de ella una cápsula que contenía el retrato del malogrado ingeniero Favre. Los obreros quisieron con ello rendir tributo al hombre que había pagado con su vida tan gigantesca obra.

El 21 Diciembre 1880 hizose el primer viaje postal de Airolo a Goeschonen, y el 1.º de Enero empezó el primer servicio regular para los viajeros a través del tunel. Cuatro trenes diarios en cada dirección aseguraban entonces el servicio. Al año siguiente, en el mes de Junio el servicio comprendía 20 trenes, ó sean 10 en cada dirección.

Hoy los trenes rápidos tardan 20 minutos aproximadamente para pasar el tunel, y 30 los trenes ordinarios.

En la película que presentamos hoy, compuesta de admirables clichés y delicadamente policromizada, vemos desfilar en cuadros llenos de vida y colores los paisajes que comprende la primera etapa de la línea del Gotardo.

De Biasca a Bodio es un desfile constante de montañas gigantes, de escarpadas vertientes, de risueños valles y angostas gargantas. Al llegar a Bodio vemos una cascada soberbia, cuyas aguas argentadas caen en el tumultuoso y sonriente torrente del Tesino. Pasamos luego por Giornico, pintoresca aldehuela de preciosos verjeles, de viñas y árboles frutales, y poco después atravesamos el tunel en espiral de Travi, de 1.547 metros de largo, el viaducto de Travi y el tunel del Torniquete. A penas salimos de este volvemos a hundirnos en el de Pianotondo de 1508 metros, seguido del viaducto del mismo nombre. Entre Giornico y la salida del tunel de Pianotondo existe una diferencia de nivel de 100 metros. Para llegar a subir esta pendiente, ha debido contruirse dos tuneles circulares, de cuyo trazado dará idea el mapa que acompaña a la película.

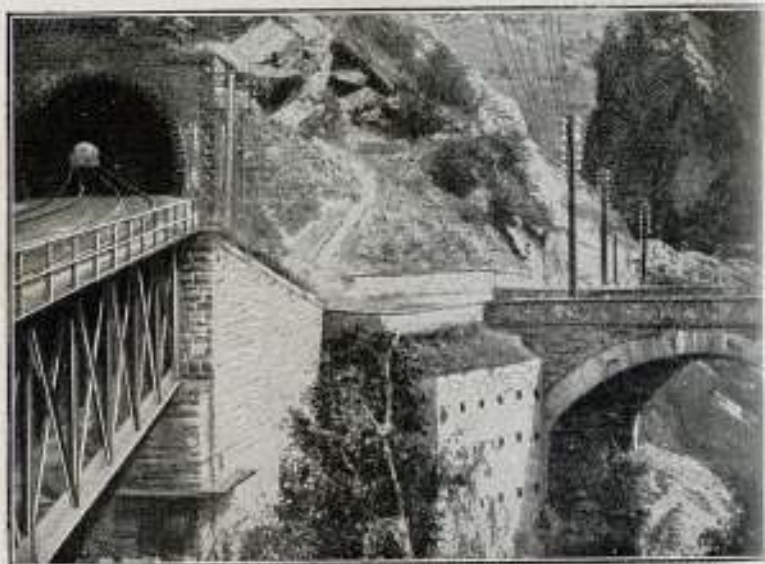
A medida que avanzamos más los valles son angostos, mas los torrentes impetuosos y las cascadas tumultuosas. La más hermosa cascada es la de Cribiasca.

Por fin llegamos a Faido, preciosa aldehuela italiana que respira el bienestar y la tranquilidad. Rodeada de sombrías montañas y regado por numerosos riachuelos su situación es soberbia.

L. Gaumont

EL SAN GOTARDO

II. De Faido a Airolo



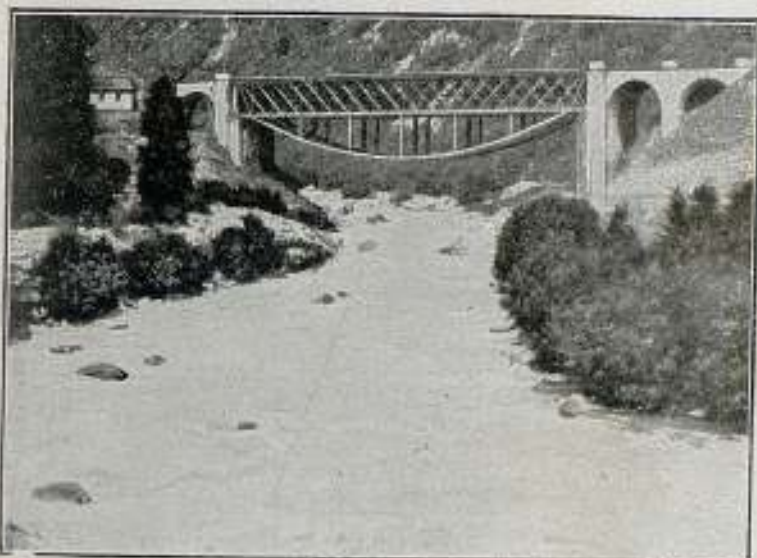
Esta es la segunda parte de la interesante serie del Gotardo.

Salimos de Faido y continuamos nuestro viaje a través de un valle profundo y ancho, hasta llegar a un lugar mas angosto y selvático. Después de atravesar el puente de Polmengo entramos en las soberbias gargantas del Piottino. Ofrécese entonces a nuestros ojos un espectáculo inolvidable. Torrentes espumeantes, puentes, valles y collados verdeantes, rocas, todo lo que la naturaleza ha hecho para deleite de la vista extiéndese ante nosotros. Dos túneles en espiral nos conducen a Domo Grande, en el hermoso valle que se extiende entre Rodi y Airolo. La vía férrea se desenvuelve contorneando los flancos de la montaña abrupta y nos permite admirar las gargantas estrechas de Salvedo. Por todos lados vemos cascadas de aguas límpidas y escuchamos su estruendo, y estos ruidos que repercuten en los gigantescos peñascos son para nosotros cantos salvajes de titanes escondidos en el seno de las montañas.

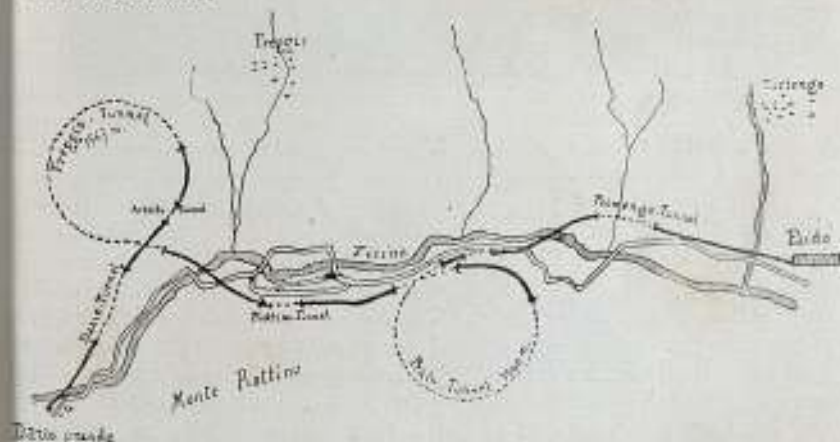
Mas muy pronto se ensancha el valle. Salimos de la penumbra de las gargantas y llegamos al precioso valle en cuyo centro reposa la linda aldehuela de Airolo. Nos hallamos a una altura de 1154 metros sobre el

L. Gaumont

nivel del mar. No sin cierto sentimiento de admiración y de angustia penetramos en ese gran túnel, pensando que vamos a desaparecer durante media hora en las entrañas de la tierra, bajo moles gigantescas, bajo valles



y torrentes impetuosos. Mas por hoy dejaremos a un lado el túnel y continuaremos nuestro camino a través de este maravilloso país, verdadero paraíso terrestre.



Este rimero de vistas, primorosamente iluminadas, han de causar en el público que las vea una sensación de admiración y de deleite artístico.

L. Gaumont

EL SAN GOTARDO

III. De Airolo a Andermatt

He aquí la que no se ve pasando el tunel, y cuyas vistas que no ceden en hermosura a las precedentes constituyen la tercera película de la serie.

Airolo es el punto más elevado de la línea del Gotardo (1.145 m.). Aquí empieza la célebre carretera del Gotardo que fué construída por los



cantones de Uri y del Tessino de 1820 a 1832 y que comprende parajes preciosos e interesantes.

Ante nosotros se yerge el imponente y gigantesco macizo de San Gotardo, mientras que a nuestra espalda dejamos las gargantas de Stalvedro, en donde nace el Tessino.

Luego por el valle del Tremola, entre montañas de verdientes laderas llegamos a la garganta del Gotardo en donde existe el hospicio del mismo nombre. Hallámonos entonces en el punto central entre el Norte y Sur, en el límite de los valles del Tessino y del Reuss, es decir, en el punto de separación de los países germano y romano. Estamos a 2.114 metros de altura y la atmósfera es de limpidez asombrosa. Ya que hablamos del hospicio de San Gotardo, no podemos dejar pasar en silencio los admirables perros de San Bernardo conocidos en todo el mundo.

L. Gaumont

Por un camino zigzagante descendemos a Hospenthal, un valle salvaje de numerosas cascadas, recorrido por las aguas tumultuosas del Reuss.

Hospenthal es un pueblecito alegre y pintoresco. Es el punto de concentración por excelencia, en verano, de los turistas ávidos de excursiones. La Torre, que a lo lejos se distingue, es lo que queda de un antiguo castillo feudal habitado antaño por los señores de Hospenthal.

Por un camino bastante directo nos dirigimos entonces a Andermatt que a causa de su altura (1.444 m.) es en invierno una estación de deporte muy frecuentada. Andermatt es el punto culminante del Gotardo, y en él puede decidirse si tiene uno que dirigirse a Alemania, Austria, Francia o Italia.

Este es el término de nuestra tercera etapa. Nos encontramos en un valle regado por el Reuss, y nos rodean soberbias montañas de nevadas cumbres.



EL SAN GOTARDO

IV. De Andermatt a Goeschenen

Proseguimos nuestro viaje a través de la magnífica región que se desenvuelve por encima del túnel de San Gotardo, y que pasando por este, como es elógico nos privaríamos de ver.

Esta parte de la carretera es la más conocida del público, por tener dos nombres: el agujero de Uri y el puente del Diablo que los extranjeros no olvidan jamás. Cuando se ha visto el puente del Diablo puede decirse sin temor a equivocarse que es uno de los puntos más sensacionales de la carretera del Gotardo.

Entramos en el valle solitario de Urseren de una longitud de tres leguas y de una anchura de legua a legua y media. El invierno dura ocho meses en esta región y no es raro, en verano, tener que encender fuego en las viviendas.

El camino va siendo cada vez más angosto y triste y por un momento olvidamos que nos hallábamos hace poco en un risueño valle: llegamos al agujero de Uri, una especie de corredor de 64 metros de largo que fué moradado en 1707 y ensanchado más tarde, cuando la construcción de la carretera del Gotardo.

Después de pasar por delante de un puente llegamos por un camino de zig-zag al puente del Diablo. Al ruido del agua comprimida entre peñascos enormes, lo agreste del sitio y la imponente masa de las montañas hace que nos quedemos como aturdidos y estupefactos.

L. Gaumont

Hállase el puente del Diablo a una altura de 1.400 metros sobre el nivel del mar. Entre la parte superior de su arco central y las aguas del Reuss media una distancia de 30 metros. El viejo puente, situado 6 metros mas abajo, y del cual solo se ven las pilastras fué destruído por las aguas en 1888.

En 1799 hubo en este lugar una batalla sangrienta entre los austria-



cos y rusos por una parte y los franceses por la otra. Puede verse con este motivo el monumento elevado en 1899 a la memoria del famoso general ruso Suvaroff.

Atravesamos a continuación el Sprengibucke, y por un camino quebradísimo llegamos a la garganta estrecha del Schollenen, que se extiende en una distancia de cinco kilómetros.

Nos hallamos pues al extremo de la carretera del Gotardo y llegamos a la estación de Goeschenen.

Goeschenen, paraje maravilloso situado a 1109 metros sobre el nivel del mar está muy frecuentado en verano. Es la salida del Tunel de San Gotardo. En el cementerio puede verse el monumento elevado a la memoria del ingeniero Luis Favre. El desdichado ingeniero halló la muerte visitando las obras del tunel, cuyo trazado gigantesco concibiera.



L. Gaumont

EL SAN GOTARDO

V. De Goeschenen a Wassen

Hallámonos en Goeschenen, al otro extremo del túnel de San Gotardo. No sin cierta extática curiosidad contemplamos la negra entrada del túnel, pensando, soñadores, que después de media hora de trayecto en la obscuridad podríamos hallarnos súbitamente bajo el azulino cielo italiano.

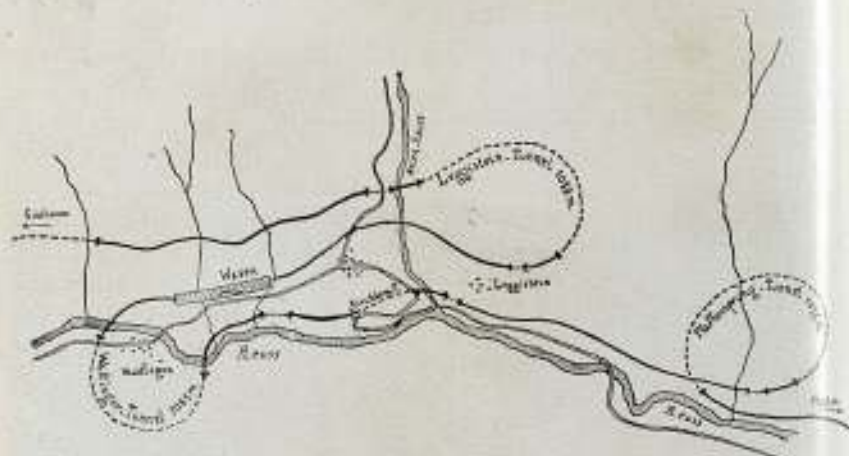


Pero proseguimos nuestro viaje y nos ponemos en camino en dirección a Wassen. Atravesamos el puente de Goeschenen-Reuss, y llegamos a un valle verdeante en donde el camino es cada vez mas lindo. Nos encontramos a 1100 metros de altura, en un paraíso terrestre. El camino de hierro pasa por detrás de Goeschenen por un túnel llamado Naxberg de un kilómetro y medio de largo y llega por último al largo túnel circular de Leggistein, después de haber salvado el lindo puente del río Maien-Reuss.

Antes de hundirnos en las tinieblas del túnel vemos encima de nosotros la pequeña iglesia de Wassen y pensamos que Goeschenen está a 1100 metros de altura, en tanto que Wassen está a 931 metros: nos pregun-

L. Gaumont

tamos de qué modo el ferrocarril puede descender hasta este valle cuando, sorprendidos nos encontramos al salir del tunel, en el Maien-Reuss. Allí, llegamos a Wassen y levantando la vista nos resistimos a creer que algu-



nos instantes antes hayamos pasado a algunos metros de altura, por encima de donde estamos.

Observando la carta hácese uno cargo del recorrido efectuado.

Estamos por fin en Wassen, deliciosa aldehuela acostada en un prado verdeante y nos consideramos dichosos de poder reposar nuestra vista tras de un viaje tan animado.

Esta etapa de nuestro viaje no cede a las anteriores en hermosura, y nos hace experimentar indelebles sensaciones artísticas.

EL SAN GOTARDO

VI. De Wassen a Amsteg

La carretera que lleva de Wassen a Amsteg es seguramente la más bonita de todas. Los tonos delicados de sus paisajes, sus gargantas románticas, sus puentes y sus valles forman un cuadro sorprendente y mágico.

La línea ferroviaria que conduce de Wassen a Gurtellen es igual-

L. Gaumont

mente muy interesante. Atravesamos por tercera vez el Maien-Reuss, pasamos el último túnel en espiral y llegamos al Pfaffeus-prung brücke, bajo cuyo puente vemos una vez más correr impetuosas y amenazantes las aguas del Reuss.

Recostada en una alta meseta vemos la aldehuela de Gurnellen



(929 metros sobre el nivel del mar) y a su lado un hermoso bosque de pinos.

El ferrocarril nos conduce, a través de numerosos túneles hasta Sgraggen, y llegamos por último a un rincón encantador que es el punto terminus de nuestro viaje sobre la línea del Gotardo. Nos hallamos, en efecto, en un valle fértil de alegres paisajes, de aguas rumorosas, y plantado de árboles frutales de ramajes expiéndidos.

Atravesamos por última vez un puente de 75 a 78 metros de longitud sobre el Reuss, llamado el puente de Lraggen. La vía férrea atraviesa a continuación el túnel de Bristenlani, que se compone en realidad de dos túneles, uno de 397 metros y otro de 213 metros de longitud.

La palabra Lani que significa alud designa muy justamente a esta región que en la época en que se funden las nieves es muy peligrosa a

L. Gaumont

causa de las masas enormes de nieves que se desprenden de las montañas. Han sido necesarios muchos años de trabajo y todo el talento de renombrados ingenieros para llegar a poner la vía férrea en seguridad.

Después de atravesar un puente de hierro de 134 metros de largo, situado a 45 metros de altura sobre el soberbio valle de Maderan, llegamos al delicioso pueblecillo de Amsieg muy frecuentado en verano por los amantes de la Naturaleza.

Si pensamos en todas las bellezas que hemos hallado a nuestro paso durante nuestro viaje, creemos haber soñado y permanecido durante algún tiempo en el país de los cuentos.

No olvidaremos ciertamente la película gracias a la cual hemos podido efectuar este precioso viaje cuyo recuerdo no se apartará jamás de nuestra mente.



La Asechanza

Dramática



PRIMERA PARTE

El Pacto.

El letrado parisiense Gerardo Ribart es uno de esos seres cuya única misión en el mundo parece ser la de hacer daño. Hábil, muy hábil y conociendo la ley en sus infinitos recodos hace de ella a veces instrumento de sus iniquidades. Este hombre de fuerte voluntad y espíritu frío y calculador está sin embargo a merced de los caprichos de una mujer, digna compañera de su vida.

Miss Morgana que así se llama es una mujer de alma oscura en la que solo prevalece do-

minante un gusto desmedido al lujo y a la riqueza.

Por ella, por una sonrisa de sus labios carmineos, por una palabra de amor caída de su boca desdeñosa dió Ribart lo que más precia en el mundo. Y vemos a este hombre enérgico y voluntarioso, avezado al disimulo y a la mentira, afrontar con actitud humilde y tono quejumbroso las exigencias de su querida, formuladas con altivez desdeñosa.

Una vez es la cuenta del modisto; otra la del joyero... Y



L. Gaumont

cada vez, tras de débil resistencia y ante sus amenazas de abandonarle las satisfacciones, abolida su voluntad y deshecha su firmeza.

Afortunadamente para Ribart un buen negocio cubrirá de un día a otro las brechas abiertas por su caprichosa buena amiga.

Es apoderado de los bienes de la Condesa de Croze. La propiedad que ésta posee en un pintoresco lugar normando vale muy bien dos millones. Ha hecho consentir 200 000 francos de hipotecas, y ante la demanda de la Condesa de un tercer préstamo, se adhiere a ella, encantado y se dirige a su cómplice, el banquero Rantzaw, que es el que lleva el dinero en



tan ambigua y dudosa asociación. Ello aportará quizás un retroceso al negocio, mas traerá también como resultado el aumentar su valor.

La contestación de su amigo es la siguiente:



Mi querido Ribart: No solamente no puedo acceder a nuevo préstamo que solicita tu clienta la Condesa, sino que he de participarte que el Consejo de Administración de mi Banca ha acordado hacer real y efectiva la hipoteca de doscientos mil francos, a que está sujeto el inmueble de Croze, cuyos intereses devengados de un año acá no han sido pagados. Es pues probable que la venta del castillo se efectúe muy

pronto.

La Condesa está arruinándose buscando y rebuscando el fabuloso tesoro que diez escondió uno de sus ascendientes, no se sabe donde, en tiempos de la Revolución.

L. Gaumont

Pero como comprendes son esas patrañas que no convencen a mi Consejo de Administración.

Mañana iré a casa de la Condesa para tratar de este asunto y otros varios, y como es tu día de visita a tu cliente, podremos tomar el tren juntos en la estación de Lyon, a las 3.—Tuvo Julio Rantzau,



Los dos compadres se encuentran al día siguiente en la estación de Lyon y parten hacia el castillo de Croze, a donde llevan, quizás, la ruina y la desesperación.

II. En el Castillo de Croze.

Mientras tanto la Condesa de Croze, segura de obtener el nuevo empréstito prosigue las obras.

En los archivos de su ilustre familia habíase descubierto tiempo atrás hojeando los viejos pergaminos y papeles amarillentos un extraño documento. Según el mismo el Conde Felipe de Croze, perseguido y hostigado

L. Gaumont

por las tropas republicanas había escondido, antes de caer en su poder, todas sus riquezas, en un lugar recóndito del castillo. Otro documento en el cual se designaba dicho lugar fué escondido asimismo en el momento en que los republicanos invadían el castillo. El Conde hecho prisionero y juzgado sospechoso fué ejecutado poco después, sin poder confiar a nadie su secreto.



El primero de estos documentos cayó en las manos de los herederos del Conde, pero el segundo por mucho que se lo buscó, no pudo encontrarse en ningún sitio. Los Croze, de padres a hijos, consagraron la mayor parte de su fortuna a buscar el depósito sagrado del Conde. La Condesa de Croze, su bizneta, vióse reducida a tomar hipotecas sobre su magnífica propiedad para poder continuar los trabajos emprendidos por sus antecesores.

Viuda y sin hijos, consagra su vida a la educación de su sobrina, la joven y preciosa Magdalena, y si con una voluntad terca, casi sobrehumana, continúa queriendo recobrar el tesoro escondido es para hacer a esta niña, a quien quiere entrañablemente, lo más dichosa posible.

Su querer se hace extensivo a Raul de Arce, un joven oficial de caballería, novio de Magdalena. Su alma leal y generosa ha soñado unir estas dos existencias y terminar la suya envuelta en la cálida atmósfera de su ternura.

Mientras Ribart y Rantzaw se dirigen al castillo, el teniente de Arce parte hacia él a caballo provisto de una licencia de su jefe.

Su llegada al castillo coincide con la de los dos cómplices.

En tanto que los dos novios se abandonan a la alegría de su amor, la Condesa atiende a los dos visitantes y los conduce a su despacho.

Ribart con aire contrito le manifiesta entonces el resultado desfavorable de su gestión, que confirma Rantzaw.

La Condesa queda aterrada y su asombro y dolor llega a su punto culminante al oír decir a Rantzaw:

—No solamente la Banca que represento no puede consentir en un

L. Gaumont

nuevo préstamo, sino que tengo de ella la orden de levantar en el más breve plazo posible las dos hipotecas de cien mil francos cada una que mi Banca le ha concedido. Mas es ello una simple formalidad y espero dentro de poco poder obtener de mi Consejo de Administración una demora importante.

La Condesa se levanta, digna, altanera, y sin un sobresalto ni una



En la gran sala de recepciones, resplandeciente de luces y alhajada.

queja da por terminada la conversación y se dirige, seguida de los dos cómplices a la sala.

* * *

En la gran sala de recepciones, resplandeciente de luces y alhajada con exquisito lujo platican, separados, dos seres jóvenes e igualmente hermosos. Ella es la adorable Magdalena, de fina y aristocrática silueta; él el teniente de Arce, su novio de continente noble y varonil.

Los dos jóvenes hallanse ante el piano. Magdalena canta una melodía de Schuman que su novio acompaña. De vez en cuando se vuelve hacia donde está su tía y le sonríe. Otra mirada, una mirada cargada de deseo brutal, de codicia, y también de cólera se cruza con la suya. Es del Banquero Rantzaw en cuya mente y en cuyo corazón nacen de repente con

L. Gaumont

inaudita violencia un sentimiento tan visible, que ante el ultraje de esta mirada, baja sus ojos Magdalena, ruborizada.

La joven se vuelve entonces hacia su novio, confusa, y Rantzaw, acercándose a la Condesa a esbozale con cinica desenvoltura loco proyecto. La Condesa rechaza cortés aunque firmemente la odiosa demanda que le salvaría: dispuesta está a todo, menos a sacrificar la felicidad y el porvenir de Magdalena!



De entre las hojas del volumen que tiene en la mano acaba de extraer...

Rantzaw comprende. Se levanta rozando la pareja enamorada perdida en su muda y profunda ternura y se aleja en busca de su cómplice, con el corazón henchido de odio, de cólera, de despecho...

* * *

Mientras Rantzaw ve su esperanza arruinada su cómplice Ribart, encerrado en la biblioteca del castillo, curioseas aquí y acullá, registrando viejos volúmenes y consultando legajos y papeles.

Allí va a buscarlo Rantzaw y le cuenta lo sucedido. Luego se des hace en injurias y promete solemnemente que para vengarse reducirá a la Condesa a la necesidad de pagar o de vender.

El castillo vale dos millones y las hipotecas que la Condesa no podrá levantar, no pasan de doscientos mil francos.

L. Gaumont

De pronto Ribart, que no ha dejado de consultar volúmenes mientras explaya su cómplice su estado de ánimo, lanza un grito de sorpresa. De entre las hojas del volumen que tiene en la mano acaba de extraer un pedazo de papel amarillento.

Es el testamento, o mejor dicho, la última confidencia del Conde de Croze.

El documento del cual depende una enorme fortuna:

Hállome solo en el castillo, próximo a caer en las manos de los revolucionarios cuyas vociferaciones aturden ya el palio. Ruego a la providencia que haga llegar este papel más tarde a poder de buenos cristianos que lo transmitan a mis herederos, para que sepan éstos el lugar en donde he escondido mi fortuna.

Bajo la biblioteca hay un subterráneo antiguo de recias y macizas paredes. Al pie de la escalera, en la pared de derecha, seguir con la mano la cuarta división hasta que se encuentre una aspereza como la cabeza de un clavo. Apóyese en esta aspereza y una piedra se abrirá para dar acceso al escondrijo.

En el Castillo de Croze a 3 de Noviembre de 1792.—Conde Felipe de Croze.

Ribart, loco de alegría, muestra el pergamino a Rantzaw, y éste como su compañero, apenas da crédito a sus ojos. Ellos únicamente saben el secreto del tesoro del Conde Felipe: ellos únicamente lo aprovecharán.

Qué importa el duelo y la ruina que dejarán tras de ellos, que importan las lágrimas de mujeres!

—Poseeré a Magdalena—piensa Rantzaw.

—Dolores me amará—piensa Ribart.

Al día siguiente de este desconcertante descubrimiento los dos cómplices volvieron a París, dejando a la Condesa en cruel alternativa: O pagar sus deudas o vender el castillo.

* * *

El plan odioso de los dos compadres es sencillo: Ahora que poseen el secreto del escondrijo, dejarán a la Condesa sin recursos, precipitarán los vencimientos y la obligarán a vender su propiedad, que ellos comprarán encubiertamente.

Firman pues el pacto siguiente:

Julio Rantzaw y Gerardo Ribart se comprometen por la presente a comprar a medias el castillo de Croze, así se ponga en venta y a repartirse por partes iguales el tesoro escondido en los subterráneos del mismo.

Hecho en duplicado en París a 5 de Octubre de 1912

Rantzaw

Ribart

L. Gaumont

Rantzaw, haciendo firmar este documento a Ribart, ha satisfecho sus ruines y bajos instintos de desconfianza y ha creído rodearse de las precauciones necesarias que un hombre malvado como él ha de tomar frente a otro malvado como Ribart.

Mas quien sabe lo que reserva el porvenir y lo que valen cinco líneas de escritura frágil, y dos firmas, cuando están escritas y dadas por dos seres que no retrocederían ante nada para satisfacer su codicia y sus deseos.

Segunda parte.—El crimen de Ribart.

Expirada su licencia, vuelve el Vizconde de Arce a París. Su novia Magdalena le acompaña hasta la estación, y en ella se despiden de él tras de un último abrazo.

En el andén de la estación, que recorre el oficial a grandes pasos, ensimismado en sus reflexiones, espera también la llegada del tren una dama envuelta en pieles, de porte elegante y majestuoso. El tren llega por fin, y espera a que el Vizconde haya subido a un compartimiento de primera para entrar en él, a su vez, y ocupar asiento a su lado.

Es Miss Morgana... Miss Morgana, quien desde hacía una semana acechaba, por los alrededores del Castillo de Croze, la salida del joven oficial.

El tren arranca y emprende vertiginoso su carrera a través de la campiña normanda.

El teniente pone su sable y su capote en la redecilla. Arrojándose en su asiento y sin ocuparse de la dama sentada a su lado, abre el periódico y se absorbe en su lectura. Miss Morgana le lanza una larga y escrutadora mirada. Este rápido examen la convence que sus hechizos de mujer se estrellarán baldíos contra esta alma bien templada, henchida de amor sano y puro. Hay que emplear otros medios, y estos medios lo encuentran y los pone inmediatamente en práctica.

Finje un malestar súbito, y el oficial galante, se acerca a ella y le ofrece sus servicios. Lo que necesita es un poco de aire, pues se ahoga en el estrecho compartimiento. El oficial abre la ventanilla, atenúa la claridad de la lámpara y la prodiga, en fin todas las atenciones que requiere su estado...

Luego al entrar el tren en agujas en la estación, ya en París el malestar redobla. Y en vista de ello y a su ruego, condesciende el Vizconde a acompañarla hasta su domicilio.

La desconocida, apoyada en su brazo, se dirige a un hotelillo particular de los alrededores de la estación. Le hace entrar en un gabinete alhajado con severo gusto y desaparece por la puerta de entrada diciéndole

L. Gaumont

que va a buscar a su marido, pues desea que éste le exprese su reconocimiento por el señalado favor que le ha prestado.

* * *

Morgana, en efecto, va a avisar al pseudo marido que no es sino Ribart. Pero porqué en lugar de ir a buscar al teniente, al saloncillo en donde espera impaciente, huyen los dos furtivamente de la casa? Porqué Morgana cierra con doble vuelta de llave la puerta de entrada? Porqué se van, con paso ligero, con la cabeza



baja para ocultar su semblante?

Qué dejan tras de sí estos dos seres?

* * *

Mientras tanto el teniente de Arce, molesto, sorprendido, espera. Los minutos corren fugaces. Hasta que, agotada su impaciencia, se dirige a la puerta por donde desapareció poco antes la desconocida. Entonces cam-



El estupor clava al Vizconde en el sitio.

L. Gaumont

prueba que está cerrada. Algunos excrementos le detienen algún ante e la, mas al fin, viendo pasar rápido el tiempo, le empuja y se encuentra en un dormitorio.

En la cama hay tendido un bulto. Se acerca a ella, y aterrado ve un hombre muerto, atado y amordazado. El estupor clava al Vizconde en el sitio.



... Lo refleja en un espejo y lee el texto de una tarjeta dirigida...

No obstante, por un esfuerzo de voluntad se inclina sobre el cadáver y mira su semblante, que la agonía ha crispado. Entonces reconoce a Rantzau.

El oficial comprende todo el peligro que corre y el horrible problema se le aparece, en aquel instante, sin solución.

El instinto de conservación prevalece sin embargo y le sugiere la huida de aquella casa maldita. Recoje su sable, échase sobre los hombros el capote y salta por una ventana a la calle.

En aquel momento efectuaba su ronda nocturna un agente de policía. Detiene al oficial, que alocado, no sabe como explicar su acto, y lo lleva a la Comisaría.

Allí cuenta el oficial su extraña aventura, nombra a la víctima y ex-

L. Gaumont

plica en que circunstancias hizo su conocimiento. El Magistrado, escéptico, no da crédito a su relato y manda que lo cacheen. Entonces en uno de los bolsillos de su capote encuéntrasele, con gran sorpresa por su parte, joyas pertenecientes a la víctima.

Es encarcelado.

En el castillo, la Condesa de Croze apenada por la negativa que



El detective lleva la conversación sobre el crimen y lo enseña

acaba de sufrir por parte de Rantzaw y de Ribart y para ahuyentar sus penosos pensamientos, abre los periódicos que acaban de llegar.

Estupefacta lee en uno de ellos el relato siguiente de un crimen:

• Anoche un agente sorprendió a un oficial de caballería saltando por la ventana de un hotelito particular cercano a la estación de Lión y actualmente deshabitado. Llevado a presencia del Delegado éste se personó en el hotel y cual no fue su sorpresa al hallar en una de sus habitaciones el cadáver atado y amordazado de un banquero parisiense muy conocido, Don Julio Rantzaw.

Coincidencia abrumadora para el oficial, el Vizconde

L. Gaumont

Raul de Arce: en sus bolsillos encontró el Delegado algunos objetos pertenecientes a la víctima. No obstante sus protestas de inocencia ha sido puesto a disposición del Juzgado.

Entre otros cargos que se le imputan dícese que el señor Rantzaw había requebrado de amores a una joven que es hoy



Miss Morgana, entre los compradores, puja activamente

novia del oficial y que la familia de ésta era deudora a Rantzaw de cuantiosa suma.»

La Condesa se siente desfallecer. No puede creer que la fatalidad se encarnice de tal modo sobre dos desventuradas mujeres. Magdalena entra en este momento y le interroga por la causa de su trastorno. La Condesa por toda contestación le tiende el periódico que acaba de darle tan cruel noticia.

Max, después de un minuto de desfallecimiento, el corazón valiente de la joven recobra confianza. No, su novio es incapaz de tal crimen y ni esta terrible prueba ni otra más dura lograrán disminuir su amor hacia él.

La Condesa de Croce tampoco lo cree culpable y ambas mujeres, a un mismo impulso deciden trasladarse a París, ver al preso y reconfortarle.

L. Gaumont

* * *

El teniente de Arce espera con calma y tristeza en la celda del Depósito, que ocupa, el resultado de la sumaria.

Envuelto en una tibia red, cuyas mallas van apretándose cada minuto más, siente perdido sin remisión.

Mas como un rayo de sol, como consuelo supremo, vienen a visitarle las mujeres, Magdalena y la Condesa de Croze.



La lleva a presencia de Arce y éste reconoce a la viajera del rápido.

El oficial ve entrar a las dos mujeres con alegría, pero también con inquietud. Qué piensan ellas? Qué van a decir, y cual a va a ser su gesto?

Dos abrazos llenos de ternura son la respuesta a las preguntas que ansioso se formulaba.

* * *

Siguiendo los consejos del abogado del Vizconde, la Condesa y Magdalena se avistan con un hombre cuya reputación es casi mundial.

Hablamos de Holme, detective privado, educado en la gran Escuela de Policías Psicológicos.

Previamente documentado y sabiendo con quienes se les ha de ver se traslada a la casa de Rantzau. Acompañale un delegado de la policía.

Inspecciona la mesa de despacho del banquero, registra sus papeles,

L. Gaumont

abre los cajones sin dejar uno y va a salir, cuando tropieza su vista con un papel secante. Apodérase de él, lo refleja en un espejo, y lee el texto de una tarjeta dirigida por Rantzaw a Ribart.

Señor Ribart, Provenza, 145.—Acordes estaré esta noche a las 9 en el hotelito de la estación de Lión.—Rantzaw.

Arranca la hoja, cuidando de que no vea su movimiento el Delegado, y se la mete disimuladamente en el bolsillo. Luego, haciendo un gesto de desaliento sale de la casa, seguido siempre del Delegado.

Holme, después de despedirse de éste, investiga discreta y profundamente la existencia y medios de fortuna de Ribart.

Cuarenta y ocho horas le bastan para conocer la exacta situación moral y pecuniaria del mismo. Conoce toda su astucia y su habilidad. La partida será ruda, pero no vacila.

Métese en el bolsillo del sobretodo la pistola automática que es su única salvaguardia, la hoja de papel secante y se presenta en casa de Ribart.

Este le recibe rudamente, y su entrevista es violenta. El detective lleva la conversación sobre el crimen y le enseña, reflejado en un espejo de bolsillo, el texto de la tarjeta dirigida por Rantzaw a él. Ribart palidece intensamente, pero reaciéndose al punto protesta con todas sus fuerzas de la inmiscuencia en sus asuntos del Detective, y hace poner a esta en la puerta por el criado.

Holme en el rellano de la escalera reflexiona sobre la conducta que tiene que seguir. Pero su reflexión es de corta duración. Una idea magnífica ha atravesado su mente, y sin perder un segundo la pone en ejecución. Sube al piso de encima, se hace abrir por la criada, pasa por delante del inquilino que sordo y atontado no entiende sus explicaciones reclama a grandes voces una cuerda, y atando ésta al balcón desciende al de la habitación de Ribart.

Este, después de la salida del Detective y comprendiendo que lo que más urgía era desembarazarse de los documentos comprometedores que le ligaban a Rantzaw, corre a su caja de caudales, se apodera de un legajo y después de cerciorarse de que el mismo contiene el puñado de pruebas que le perderían irremisiblemente, las arroja a la chimenea.

Holme llega al balcón a tiempo para asistir a esta escena. Empuja la ventana y se precipita en la estancia, revólver en mano. Ribart, intimidado, retrocede hasta el fondo de ella.

El detective, sin dejar de apuntar con su revólver al bandido arranca a las llamas los documentos comprometedores. La puerta se abre en este momento y unos policías, apostados en la calle por Holme, y a quienes éste había hecho señas desde el balcón entran en la estancia y se apoderan del miserable.

L. Gaumont

Holme hace un inventario rápido del legajo. El pacto firmado por los dos cómplices, apenas chasqueado por el fuego, hace florecer en sus delgados labios una sonrisa de satisfacción.

La culpabilidad de Ribart es bien patente y el miserable se siente de tal modo perdido que no puede pronunciar ni una palabra en su defensa. Docil, vencido, sigue a los agentes.



Siguiendo las indicaciones del documento llegan al subterráneo...

Mientras tanto, en el Castillo, de Croze no pudiendo la Condesa hacer frente a los vejámenes ni oponerse a la venta de su propiedad, asiste, llena de tristeza al dispersamiento de sus muebles, cuadros y joyas de familia.

Miss Morgana, entre los compradores, puja activamente. Enviada por segunda vez a Croze por su amante asesino, tiene por misión la de adquirir, a todo precio, el castillo.

Mas que es este tumulto? Un automóvil acaba de frenar después de loca carrera al pie de la escalinata de la propiedad, y el Vizconde de Arce en libertad, entra en la sala de la subasta portador de una orden del Tribunal para sobre ser por 24 horas la venta de la propiedad de Croze.

Las dos mujeres caen en los brazos del oficial

Detrás de éste entra en la sala el detective. Al verlo y presintiendo

L. Gaumont

un peligro quiere salir de la sala Miss Morgana. Mas aquél le ataja el paso y la detiene. En casa de Ribart había hallado el retrato de aquella mujer, en quien presiente un cómplice de sus planes criminales. La lleva a presencia de Arce y este reconoce a la viajera del rápido... a la mujer que le encerró en el hotelito cercano a la estación de León.

Siguiendo las indicaciones dadas por el documento encontrado por Ribart, Holme comienza sus investigaciones, y gracias a él el subterráneo en donde el Conde Felipe de Croze, había escondido su fortuna, entrega su secreto y el tesoro que volverá a aquellos a quienes pertenece.

Ribart y Miss Morgana, esperan encerrados en sendos calabozos, su compareción ante los jueces que han de juzgar y castigar su crimen.

Y vemos algunos días después por el gran parque que empezaba a desnudar el otoño, dos gineces, dos enamorados cabalgando muy juntos al trote largo de sus monturas. Disipados los negros nubarrones que por un instante llenaron de sombras su vida, abandonábanse Raul y Magdalena a la serena y radiante alegría de su profundo querer.





EL FALSO IDOLO



Comedia

Huérfano en temprana hora, Jorge Montijo había sido educado por su tío Anselmo, junto con la hija de éste, preciosa muchacha de casi su misma edad llamada Amparo. Jorge habría podido vivir feliz en aquel hogar tranquilo en donde nada le faltaba, a no inclinarse su espíritu inquieto a los falsos e inestables goces de una vida disipada de francachelas y fiesta.

Su conducta hacía la desesperación de sus parientes, quienes a más de la pensión que en su calidad de curadores del joven le pasaban, eran blanco de constantes demandas de dinero.

Por aquel entonces una artista muy conocida, la Bianca Siola, de venales y un tanto marchitos encantos, era el idolo al cual rendía culto el joven calavera. La linda Amparito adivinaba la causa de las frecuentes ausencias de su primo, de su estado de febril agitación, de sus continuos apuros de dinero y como le amaba con entrañable y puro afecto, padecía, al notar su indiferencia, lo indecible.

* * *

Una tarde como no le trajera Jorge una joya insistentemente pedida, enfadóse la artista y dióle a entender que no volvería a recibirle de no dar satisfacción a su capricho.

En vano quiso el calavera recurrir a sus amigos. Quien más quien menos todos le eran acreedores y solo pudo sacar con socarrinas vergonzosas, unas cuantas monedas de oro que formaban una suma muy inferior a la que necesitaba. Decidió entonces probar la suerte con ellas: trasladóse a un celebrado casino de las inmediaciones de la capital... y dos horas después salía de sus salas de juego sin un centimo en el bolsillo.

Por una singular coincidencia hallábase también en el Casino la Bianca, en compañía de un encumbrado protector. Jorge sintió que toda su sangre afluita a la cabeza. Contuvo no obstante el movimiento que le impulsaba a arrojarle a ella y clamarle su perfidia, e hizo llegar a sus manos, por medio de una amiga común que se hallaba en la terraza, estas líneas que garabateó nervioso en una hoja de su carnet:

*Mi querida Bianca: Gre!, jugando hasta mi última peseta
poder satisfacer tu capricho. Pero la suerte no me ha acompañado
Por favor, escúchame, es preciso que te vea, que te hable...*

La artista al leer el billete frunció el entrecejo. Dejó a su amigo con un pretexto cualquiera y fué a buscar a Jorge que anhelante le aguardaba.

L. Gaumont

apoyado en la baranda de la terraza. El joven al verla, sojuzgado, olvidó sus reproches y solamente balbuceó palabras incoherentes de disculpa y ruego. Mas la artista no le dejó hablar y con palabras duras, incisivas y crueles le significó que no volvería a hablarle más si no le traía la tan deseada joya.

Jorge, desesperado, pero terco en su insano amor volvió a la capital



El supremo anhelo de su vida se había realizado. Sus niños...

y se dirigió a casa de un usurero notorio. Hizole entregar éste veinte francos para hacer las gestiones y le despidió dándole la esperanza de que obtendría el préstamo solicitado. Esperanza falsa, pues al día siguiente recibía Jorge una fría epístola del banquero informándole que no le era dable atender a su demanda.

Solo quedaba al insensato el recurso de dirigirse a su tío. Así lo hizo, pero el anciano agobiado desde hacía algún tiempo de frecuentes y cuantiosas demandas de dinero, negóse rotundamente a prestarle ayuda en aquel caso.

Amparito escuchó a través de la puerta la discusión entre su padre y su primo, y conmovida ante los vehementes ruegos de éste y la inflexible actitud de su padre corrió a su alcoba, reunió todas sus economías y fue a

L. Gaumont

buscar a Jorge al recibidor, cuando se disponía a marcharse, irritado y descorazonado.

—Ten, primito... ten esto —le dijo con dulce acento poniendo en su mano algunas monedas de oro y plata.



¿Quieres que pronto te de ya otro?

Jorge se estremeció profundamente, miró fijamente a su prima y rechazó la manita que tendía a él con un gesto humilde y encogido el fruto de sus ahorros. Amparo interpretó de distinto modo la vacilación y el movimiento de su primo. Así fue que quitándose del dedo su sortija ofreció-sela diciendo:

L. Gaumont

— Si no tienes bastante... ten esta sortija y empenála...

De los ojos del calavera cayó la venda, y con ternura inmensa contempló la bella imagen de su prima, prodigio de candor, de belleza y de gracia, a cuyo lado había vivido... Y el desmoronamiento de su falso bello fué tanto más fácil cuanto que era de cieno y podredumbre.

Acercóse a la hechicera niña, pasó su brazo por su talle esbelto y flexible y devolviéndole la sortija murmuró en su oreja, que un vivo carmin teñía:

— ¿Quieres que pronto te de yo otra?

Amparo, roja de felicidad, apoyó en el hombro de su primo su adorable cabecita rubia...

En la sala el tío Anselmo, irritado y conmovido a la vez de la borrascosa escena con su sobrino, leía el periódico al revés, al lado de su esposa. De pronto ambos levantaron la vista, él de su periódico y ella de su eterna costura y vieron sorprendidas, ante ellos, tiernamente enlazados, a Jorge y Amparo.

El supremo anhelo de su vida se había realizado. Sus niños, Jorge y Amparito, unidos con un vínculo más estrecho que el de primos...

Jorge, cuyo semblante poco antes tan hosco y preocupado irradiaba ahora la felicidad, dirigióse a su tío:

— Perdona, tío Anselmo, mi ceguera... ¿Consientes?

— Con toda mi alma, hijo mío — contestó alborozado el buen señor envolviendo en una mirada de ternura a sus dos hijos.

Y atrayendo a sí a su sobrino le murmuró con tono de suave reproche:

— ¡Picaro, que buscabas muy lejos la felicidad que tenías a mano!



Las aventuras de D. Picorete

LA PANTERA DE JAVA



Cómica

Mientras D. Picorete, en compañía de Analgesina, su esposa por derecho propio, disfrutaba de las suaves y mansas delicias del hogar, Calino se cubría de gloria en los Antípodas, esa misteriosa región inexplorada que con el Polo Norte, el Polo Sur y la Aurora Boreal constituyen los grandes e inexcrutables enigmas contra los cuales se estrella impotente la ciencia de los hombres, de los bonzos y de los militares sin graduación.

L. Gaumont

Don Picorete, digámoslo entre paréntesis, se desentendía con una indiferencia que llegaba al idiotismo de estos graves problemas que tanto preocupaban a su amigo y se limitaba, según él mismo decía con un cinis-
mo escandaloso a explorar el campo de sus afecciones, campo representado en la circunstancia por su digna esposa.

En esta tarea hallábase ocupado una mañana cuando recibió de su amigo la curiosa carta siguiente:

CALINO

Explorador de la Real Casa

Queridos amigos: En mi anterior os expliqué ya en virtud de qué circunstancias el Tzar de San Marino me confirió el cargo de explorador con honorarios fijos y una comisión sobre los territorios que añadiera a su corona. Hasta ahora llevo recorridas Polinesia, Melanesia y Magnesia, asombrando con mi tipo juncal a todas las poblaciones ribereñas. He empleado en mis exploraciones todos los medios de locomoción, desde el altivo camello a la ruin barca y he batido entre otros el record de la distancia en hidro zancos.

Describirlos quisiera mis viajes, pero necesitara para ello todo el papel que se hace en este mundo, ridículo, rayado o liso, y toda la tinta de los cádamares que populan los mares, libres y serenos.

He visitado las islas Fidji, Sonda, Celebes, Sandwich, Java y otras muchas de cuyos nombres no quiero acordarme.

De Fidji no os diré nada pues verdaderamente apenas me fijé. En Celebes permanecí dos semanas, muy mal empleadas por cierto, ya que nada celebe vi. En cuanto a la isla Sonda, sus indígenas quisieron jugarme una mala partida sondeando mis intenciones con una aguja de siete puñadas, y allí hubieran terminado mis aventuras a no haber intercedido en mi favor el capitán de un «squatter» que se dedicaba al contrabando de mondadientes antisépticos entre San Francisco y una población cañibal del Sur de Borneo.

Después de peripecias sin cuenta desembarqué en Java. Ahí allí cambió la decoración. Los javanes me acogieron con entusiasmo me levantaron arcos de triunfo y arrojaron a mi paso flores y tigres de corta edad que me lamían las sorbas como corderillos.

De Java traigo, al par que muy buenos recuerdos, una soberbia pañera que pienso regalaros. Está alimentada con carne de membrillo y jarrabe de ipecacuana y su dulzura es evangélica. Esta dulzura mas que de aturismo de raza le viene de haber ingerido hace cinco meses un misionero anglicano en un momento de descuido (del misionero, bien entendido).

Tiene la piel manchada, pero no es ese ningún defecto máxi-

L. Gaumont

me cuando existe un producto de tanta eficacia para quitar manchas como la benzina.

He tomado pasaje a bordo de un ballenero con rumbo a Amberes, a donde lleva un cargamento de gérmenes nocivos por cuenta de un comerciante de dicha capital, y bienso hallarme entre vosotros el 15.



... abrió Calino una de sus maletas y dió suelta a una hermosa pantera...

Don Picorete no siguió la lectura, ¿Para qué? Además la carta concluía allí.

✱✱✱

El día fijado, exacto como el vencimiento de un pagaré, se presentó Calino en casa de sus amigos. ¡Qué hermoso y deslumbrante estaba! ¡Qué marcial aspecto le daba el uniforme de explorador que vestía!

Después de las inevitables efusiones abrió Calino una de sus maletas y dió suelta a una hermosa pantera que tomó posesión de la casa con una autoridad que nadie de entre nosotros se hubiera atrevido a discutirle.

Don Picorete y su esposa retracedieron horrorizados, no nos dice la historia si con los cabellos erizados, aunque hay razones para creer que así fué. La pantera aquella no correspondía al animal microscópico de fino

L. Gaumont

plumaje y pico dorado que por los relatos de su amigo se habían imaginado. Pero al ver, pasados los primeros y consabidos instantes de estupor que el animalito era suave como un guante, se acercaron a él (no al guante, sino al animal) y lo acariciaron con dulzura.

En vista pues de su mansedumbre y resignación cristianas resolvieron los esposos Picorete adoptarla y desde aquel día la pantera comió con ellos en la misma mesa y durmió bajo el mismo techo.



...la pantera comió con ellos en la misma mesa...

Con los días estrecháronse más firmemente los lazos de simpatía entre la pantera y sus padres adoptivos, hasta un extremo que éstos pensaron seriamente en darle un profesor de piano y en instituirle heredera universal de sus cuantiosos bienes.

El modo de recibir una noche a un visitante nocturno y alevoso, que a estas horas debe estar aún corriendo, si no le ha detenido en su carrera algún escrúpulo o un agente del orden en su defecto, robusteció definitivamente la adopción y dió a la pantera la envidiable condición de niño mimado.

Pero un día, día nefasto, correteando el bicho por la alcoba de sus amos, vió extendido en el suelo algo que se asemejaba furiosamente a su

L. Gaumont

persona. Acercóse, husmeó la cosa y lanzó un rugido que ni la pluma del Dante ni el cincel de Praxiteles fueran capaces de trasladar al lienzo...

En la alfombra la desdichada había reconocido el despojo mortal y pisotendo de su madre venerada!

En su corazón sencillo y cándido germinaron de repente con inavilta violencia ideas de destrucción, de exterminio y muerte.

Renunciamos a describir las horrendas escenas de destrucción de



En la alfombra la desdichada había reconocido el despojo mortal...

desolación y de pánico que se sucedieron en el domicilio de D. Picorete, en la calle y en los campos...

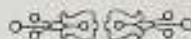
A costa de grandísimos esfuerzos pudo nuestro amigo capturar el enfurecido bicho, y reducirlo a la impotencia. Entonces se le presentó un problema angustioso: ¿cómo se desembarazaría de él?

De pronto atravesó su mente una idea luminosa. Díjose que poniendo frente a frente a dos seres de igual ferocidad y perversos instintos, el más sanguinario devoraría al otro.

Y en virtud de este razonamiento que no tenía vuelta de hoja mandó la pantera de Java a su suegra que era de Jabalquinto.

Sucedió lo que era natural y lógico que sucediera. Al ver la asodicha señora ante ella a un ser que aspiraba a la supremacía absoluta de la ferocidad terrestre y marítima se abalanzó a él con saña infinita y lo devoró.

Lo devoró, así como suena. Y si la pantera de Java.... la suegra de Picorete no dejó de ella ni los huesos.





Una noche de carnaval



Comedia

Los esposos Borreguete, rentistas apacibles, recibieron cercano el Martes de Carnestolenda la siguiente epístola:

Queridos amigos: Os esperamos el Martes de Carnestolenda. No vengáis disfrazados. Para dar a la fiesta un carácter de improvisación se sortearán disfraces ya preparados entre los invitados, después de la cena.

—Excelentes amigos!—exclamaron a coro los esposos, aprobando la idea que les libraba de los engorros de la elección de disfraces, elección que de este modo se encomendaba a la suerte caprichosa.

Las dos criadas y la cocinera de la casa, mozas jóvenes y vivarachas de buen palmito fenecían de amor por tres buenos mozos pertenecientes al airoso Cuerpo de Seguridad. Enteradas de la salida de sus señoritos, escribieron a sus elegidos una carta rebosando amor y faltas de ortografía como es justo, invitándoles a venir a pasar con ellas agradablemente la noche de Carnaval.

Llegó la noche ansiada por amos y criados, como llegan todas las cosas en este mundo. Se fueron los señoritos y entraron en el domicilio que estos habían dejado los tres agentes del orden, mostachudos e imponentes, que enagenaban los tiernos y sensibles corazones de nuestras Menegidas.

Después de las efusiones inevitables sentáronse las tres parejas alrededor de bien surtida mesa que en un instante se habían improvisado en la cocina, y dióse principio a sardanapalesco festín.

Satisfechas las miserables necesidades del cuerpo quisieron los agentes exhibir los tesoros de ternura y de poesía que se encerraban en sus fétreos pechos, y como la cocina era lugar poco propicio a tales expansiones de poesía, trasladáronse las enamoradas parejas al salón. Los guardias se quitaron los kepis y los substituyeron por coronas de laurel, colocadas, por las manos diligentes y graciosas de sus Dulcineas. Era la escena poética e idílica!

Estaba la fiesta en su auge cuando sonó el timbre de la puerta. Las sirvientas alocadas hicieron desaparecer en un santiamén las botellas, los vasos, los agentes coronados de flores y abrieron la puerta a los señoritos, dejando para cuando estos estuvieran dormidos la suelta de sus locos adoradores.

Los esposos Borreguete se habían divertido lo indecible. La señora venía disfrazada de golfa y su marido de «randa» con sus correspondientes

L. Gaumont

tufos, su gorra lustrosa echada sobre los ojos y sus pantalones de odaliscas. Para no faltarle ni un detalle por uno de los bolsillos de la chaqueta asomaba una navaja albaceteña con más muelles que el puerto de Barcelona.

Los agentes, enhiquerados por sus novias en un exiguo reducto que daba a la sala, sintieron curiosidad por ver lo que en esta ocurría y asomaron sus cabezas por entre la puerta medio abierta.



Los guardias se quitaron los képis y los sustituyeron por coronas de laurel...

Ahora bien en aquel preciso instante la señora de Borreguete estaba luchando a brazo partido con su secreter que oponía a sus esfuerzos la terquedad irritante de las cosas inanimadas, y persuadidos los agentes al ver su indumentaria y la de su compañero de que se trataba de legítimos y auténticos «apaches» salieron de su escondite y se echaron como lobos furiosos sobre la incauta pareja.

Conducida a empellones a la Delegación, sólo la intervención de las sirvientas, que pusieron en claro el enredo, pudo arrancarla de las lobrececes de un infecto calabozo.

Borreguete estaba maravillado y su entusiasmo no conocía límites. Podía probar, con el sencillo relato de su extraordinaria aventura, que la policía estaba prodigiosamente organizada, y que todas las diatribas y barlas dirigidas a ella carecían por completo de fundamento.

Tres billetes de a cien recompensaron a los agentes de su celo, y ello permitió a tan digna gente unirse con los sacrosantos lazos del matrimonio con Ruperta, Casiana y Emerencianna, cuyos reales hechizos e indis-

L. Gaumont

erribles talentos culinarios habían hecho sobre sus corazones sencillos y poéticos y sus estómagos agradecidos, una impresión que a borrar no alargarían todos los raspadores y «erasers» del mundo.



CURA FORTUITA



Cómica

Retirado de los negocios que consistieron durante veinte años en la preparación de ramos de azahar en aceite por cuenta de una Agencia de Matrimonios de Baltimore, Don Natal Bolichez disfrutaba en compañía de su única y encantadora hija Ifigenia, de un reposo y bienestar material bien ganado.

Pero una mañana al despertarse de agitado sueño lanzó un grito que

L. Gaumont

puso en conmoción a todos los habitantes de la casa. Un lumbago de la especie más maligna había hecho presa en su persona.

El lumbago, aclimatable en todas las latitudes, no es como pudiera creerse un animal doméstico como la chinche o el bicarbonato de sosa, por ejemplo. No, un lumbago es sencillamente un dolor reumático en la región de los lomos, molesto e insoportable como todas los dolores.

Al grito de Bolichez acudieron la criada e Ifigenia. Esta, alarmada mandó llamar al doctor de la familia, una eminencia médica de quien la humanidad y en especial la Corporación de Marmelistas y Constructores de Mausoleos eran deudores por muchos conceptos. El ilustre E. D. Matoso, que así se llamaba, llegó, examinó al enfermo con una lupa y garabateó la siguiente receta:

Dieta. Masaje. Baños de vapor.

Hecho lo cual cobró la visita y se fué.

Ifigenia consultó a renglón seguido el Anuario y escujo al azar en la lista de Masajistas el nombre de un especialista en sobamientos.

Escribióle:

Le ruego pase enseguida por casa del Sr. Bolichez, calle Jueta 16, para asistirle en su dolencia.

Púsose el sombrero, dejó al enfermo al cuidado de la criada, y se dirigió acompañada de la institutriz a la Oficina de Correos.

En el camino cruzáronse las dos mujeres con un joven de aspecto distinguido y elegantemente vestido, el cual al reparar en el precioso palmito de Ifigenia volvió sobre sus pasos y se puso en su seguimiento.

Ifigenia vió de soslayo la maniobra del pollo y deliciosamente turbada, en vez de echar la carta en el buzón ingeniosamente incómodo de la oficina de correos, la dejó caer al suelo.

El gomoso la recojó y tras de corta vacilación decidióse a abrirla y enterarse de su contenido. Satisfecha su curiosidad que no nos atrevemos a calificar de legítima pensó que lo mas acertado era restituirla a su propietaria. Acercóse pues a las dos mujeres y doblando galantemente el cuerpo ofrecióla a la joven. Mas la institutriz, mujer cerril en su vida privada y pública, vió en aquella actitud una procaz galantería y un insolente descaro y hecho un basilisco (nada extraño en una mujer que había nacido en Basilea) obligó al pollo a batir apresuradamente en retirada.

Mas no perdió aquel, a pesar de este contratiempo, la esperanza de volver a ver a la adorable muchacha, y así que llegó a su casa preparó el plan ingenioso que había de permitirle realizar dicha esperanza.

Dos horas después llamaban a la puerta de Bolichez. La criada fué a abrir y anunció: «El masajista»

L. Gaumont

—Que mase!—gritó el enfermo que se retorció como una bailarina berberisca en la danza del vientre. El especialista entró con seguro paso, sacó del maletín que llevaba en la mano dos guantes de crin desmesurados y se puso a frotar al enfermo como quien rasca una pared.

Bolichez creyó que el bárbaro quería desollarle vivo y se puso a bramar como un becerro a quien notificaran el fallecimiento de un pa-



Este rudimentario baño de vapor hizo su efecto...

ciente próximo. A sus gritos acudió Ifigenia y con gran sorpresa reconoció en el masajista a su seguidor de momentos antes. El joven, a la vista de la mujer amada, se atolondró mas aún y sus puños perdieron toda noción de cadencia y de regularidad. El enfermo medio se incorporó de su lecho de dolor y gritó:—Sois un energúmeno... Un masajista antropófago...

—Indudablemente tiene razón este buen hombre—dijo el improvisado masajista, confundido. En esto tropezó su vista con la receta del médico y leyó «Baños de Vapor».

—Hay vapor en la casa?—preguntó a la criada que asistía un tanto sorprendida a la sesión de masaje.

—No, pero hay una tina para hacer la colada... si eso puede servir.

L. Gaumont

Quién había de dudarlo...? El joven se cargó al enfermo y lo llevó a la cocina en donde hervía, encima del fogón, una inmensa cuba de lejía. Introdujo en ella sin ningún miramiento al mísero Bolichez y después de dar órdenes a la criada para que avivara el fuego se fue a la sala a reunirse con Ifigenia, admirada de la energía y de la buena presencia del mozo. Este con persuasiva charla granjeóse por completo las simpatías de la gentil muchacha, hasta un extremo que al entrar súbitamente en la estancia en donde se hallaban, la institutriz, vió, quizás por un efecto de óptica dos cuerpos que parecían hacer uno solo.

Ronca de indignación gritó: —Salid de ahí, vil sobornado!

Mas en aquel mismo instante apareció Bolichez, saltando y gritando como la cabra en el monte. La cura había sido radical. El hábil masajista le había librado para siempre de su maligno lumbago.

En vano esforzóse la institutriz en pintar con odiosos colores la escena vergonzosa de que había sido testigo. Bolichez no quiso escucharla y dió a su hija en recompensa, a su salvador.

* * *

—A propósito como se llama usted mi futuro yerno?

El aludido sacó una tarjeta, y en ella pudo leer sorprendido el suegro:

El Vizconde Farción de la Farcialera
RENTISTA

—Pero cómo? no es usted masajista?

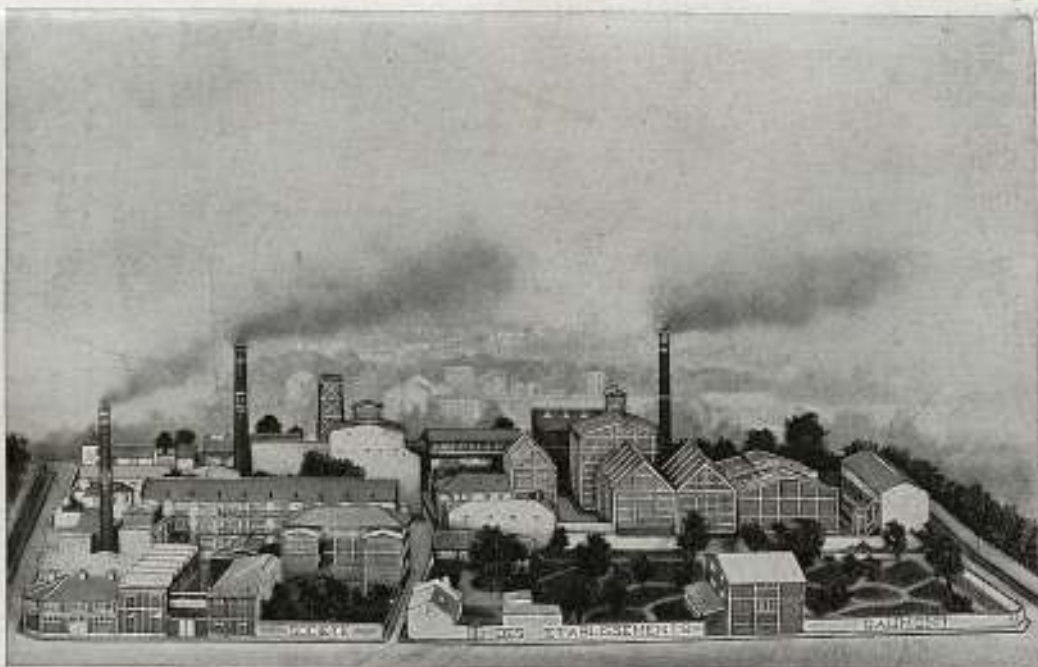
—Per amor, por amor únicamente...—respondió el taimado acercando a su futura una mirada capaz de saltar un polvorín.



Modelo de una instalación cinematográfica
Gaumont enteramente metálica con
CRONO CRUZ DE MALTA



para proyecciones animadas y fijas



Vista de los talleres de la Société des Etablissements Gaumont de Paris